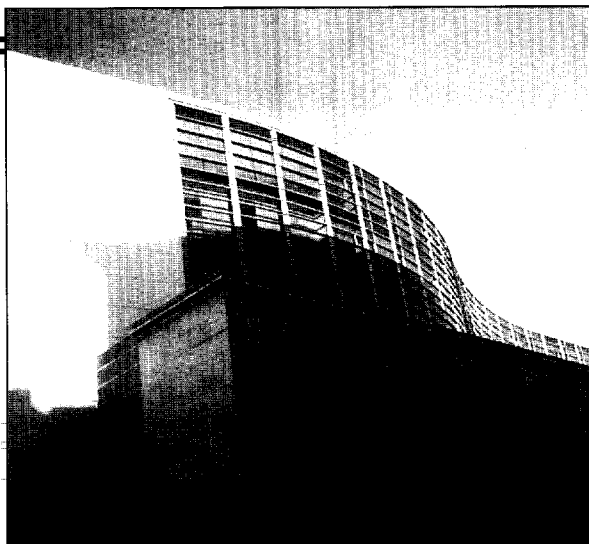


Rafael GAMBRA

Otra divinidad...

Las nuevas catedrales laicas



Edificios que se levantan en honor de los dioses que promueven la «voluntad general» y la nueva «divinidad».

EN el Antiguo Régimen (anterior a las Cortes de Cádiz) se suponía que el poder procede de Dios, que los Reyes eran ministros del Altísimo y que el Estado era católico. De aquí que se diera por sentado que la primera Ley Fundamental del Reino fueran los Mandamientos del Decálogo. Por lo mismo se edificaban en honor de Dios las maravillosas catedrales que hoy nos asombran por su grandiosidad y belleza.

La Ley número 1 de 1977 disponía en su artículo 1º: «La democracia en el Estado español se basa en la supremacía de la Ley, expresión de la voluntad soberana del pueblo». La voluntad popular toma el lugar de Dios, de ella procederá en adelante el poder soberano. Para nada se menciona en esa Ley fundamental a la Religión. La firman Juan Carlos y Torcuato Fernández Miranda como presidente de las Cortes y se publica en las «Ediciones del Movimiento» (!). Es decir, el Régimen Nacional, todavía oficialmente católico, se suicida y los gobernantes apostatan de su fe.

Consecuentemente, a la nueva divinidad —la Voluntad General— habrán de dedicarse nuevos templos laicos que compitan en grandeza con las antiguas catedrales cristianas. Manos a la obra. La aludida Ley de don Torcuato establece que hayan de ser dos las Cámaras que recojan la voz soberana del Pueblo: la Alta y la Baja. Para la Alta se habilita el antiguo Palacio del Senado, uniéndole el que fue Instituto de Estudios Políticos y otros espacios circundantes en los que se realizan obras faraónicas dignas de su alta representación. Hasta se construye una piscina climatizada, sin duda para que los ilustres senadores concurren bien limpios a las sesiones de tan Alta Cámara. A todo esto nadie sabe todavía para qué sirve el Senado ni qué lo diferencia de la Cámara Baja o Congreso, fuera de su absoluta inutilidad.

PERO ello no es nada al lado de lo que se está haciendo en la Cámara Baja o Congreso de los Diputados, verdadera catedral de la Democra-

cia. Se instaló, naturalmente, en el Palacio de las Cortes, magnífico edificio que ocupa toda una manzana. Pero con esto no había ni para empezar. Se expropió a continuación la manzana inmediata y se cerró con verjas la calle intermedia (Floridablanca) para uso exclusivo de Sus Señorías. (Puede imaginarse lo que costaría expropiar toda una manzana del centro de Madrid, indemnizando piso por piso, tienda por tienda). En ese amplio solar se edificó primeramente una torre de seis o siete pisos para servicios administrativos y espacios de bares y restaurantes para comodidad y esparcimiento de los señores diputados. Se comunicó con el Hemisiciclo mediante un lujoso paso elevado sobre lo que fue calle de Floridablanca.

A continuación se procedió a edificar en el resto del solar, con los mejores materiales, una especie de inmenso depósito industrial a modo de una gigantesca proa de barco con una pared ciega y otra de cristal, negro por el exterior. En él se albergará no sólo un despacho para cada uno de los 350 diputados, sino —suponemos— toda una suite de hotel para que (pensando bien) puedan Sus Señorías dormir una siesta después de cada agotadora sesión de Cortes. Después la exquisita sensibilidad artística del arquitecto no podía admitir aquella primera torre de seis o siete pisos y se procedió a su demolición al poco de estrenada. A lo largo de la fachada que da a la Carrera de San Jerónimo, en planta baja, se ha abierto una fila de ventanas neoclásicas al estilo del Congreso que no riman con nada, con el fin sin duda de que el viandante perciba que aquello es un noble edificio oficial y no un inmenso si-

lo o una cárcel soviética. Esa mole siniestra descompone por complejo la armonía de ese bello barrio del centro de Madrid y tapa por entero la vista que desde la Carrera de San Jerónimo y las Cuatro Calles descubría la arboleda del Prado y hasta el parque de El Retiro.

¿CREEN ustedes que les basta a los sumos sacerdotes de la Democracia con estos dislates urbanísticos y con este derroche económico? Ni lo piensen. Ahora se nos anuncia que se ha comprado para el Congreso la fila de edificios de la otra acera de San Jerónimo que va desde el fondo de Cedaceros hasta la plaza de las Cortes. Unos enormes edificios que albergaron el Banco Exterior de España y hoy se dedican a sede central de Argentaria. El complejo construido se unirá a este nuevo por un paso subterráneo bajo la Carrera de San Jerónimo. Parece que a Sus Señorías se les ha antojado el aparcamiento para 1.200 plazas con que cuentan esos edificios. Y dicho y hecho. ¿Para qué servirán los edificios mismos? Es difícil imaginarlo. Pero ya preveerán los señores diputados mediante un consenso para llenarlos de funcionarios y funcionarias que se empleen en llevar papeles de un despacho a otro.

Hace falta vesania para disponer un despilfarro como éste cuando se está hablando de presupuestos restrictivos y de austeridad en los gastos.

Pero así la diosa Democracia contará con un templo de mayor superficie que la catedral de Burgos. ■

■ Ahora se nos anuncia que se ha comprado para el Congreso la fila de edificios de la otra acera de San Jerónimo que va desde el fondo de Cedaceros hasta la plaza de las Cortes. El complejo construido se unirá a este nuevo por un paso subterráneo.